

Pero, en medio de este terrible desorden, y que rayaba casi en lo imposible calmar la terrible excitacion del pueblo, se hace escuchar la voz del orador, impone silencio, manda á las masas que callen y lo escuchan, prorumpiendo en un torrente de verdadera elocuencia.

El acusado salva la vida y pasa por entre aquellas masas que, momentos antes, lo habrian despedazado.

Es verdaderamente sensible que este discurso y otros muchos que pronunció el Sr. Pedraza en las Cámaras, no se conserve ninguno de ellos, guardándose solo por tradicion la fama de este notable orador.

CAPITULO XXVII.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DEL EXMO. SR. D. ANDRES QUINTANA ROO.

Si la fama del Exmo. Sr. D. Andrés Quintana Roo no se hubiese extendido en todos los ámbitos de nuestra patria; si no existiese el recuerdo vivo de los importantísimos servicios que prestó á la causa de la independenciam; si para fijar su gloria fuese necesario que hoy refiriésemos uno á uno sus trabajos y sufrimientos, sus magníficos escritos llenos de patriotismo y hasta las sumas que empleó por ver consumada la emancipacion política de México, no hay duda que bien poco seria el honor que resultase á su memoria con el presente escrito que hubiéramos deseado hacer mas extenso y mas digno del gran personaje, notable no solamente en su país natal sino en la nacion mexicana.

Nació en la ciudad de Mérida el dia 30 de Noviembre de 1787: fueron sus padres el Sr. D. José María Quintana, distinguido patriota de quien acabamos de ocuparnos y la Sra. D.^{ca} María Ana Roo.

Después de recibir una educación brillante en el Seminario Conciliar de San Ildefonso, pasó á la capital de la nación en 1808 á concluir sus estudios y abrazó allí la carrera de la toga. Un talento claro, aplicación constante al estudio, gusto delicado en la elección de los autores, hicieron desde temprano de este joven yucateco, dice D. Lorenzo de Zavala, «uno de los primeros de Nueva España».

Fueron tales los servicios que prestó, y tal la inteligencia que desplegó en esta senda, que se grangeó la fama de eminente jurisconsulto. También prestó grandes servicios á la literatura mexicana, y sentimos sobre manera no tener á mano una obra mexicana del Sr. Arrónis en que se asegura que nuestro compatriota fué el restaurador del buen gusto en la literatura nacional.

Dice uno de sus biógrafos:—«Como literato fué distinguido y su vigorosa prosa no perdió su enérgica lozanía, ni cuando llevaba cubierta la cabeza con las canas de la vejez, bajo las que ardía el fuego de su imaginación como arde la lava bajo la nevada cúspide de un volcán. Su estilo era flexible, y tan pronto tenía la entonación del Pórtico como la gracia y la entonación académica.»

Poeta, continúa el mismo escritor, sus composiciones que revelan inspiración y en las que se retrata la bondad de su alma, están modeladas en la escuela clásica.»

En efecto, brilla en todos los escritos del Sr. Quintana la pureza de dicción y la nobleza del estilo. Sus enérgicas protestas revelan el fuego de su alma; sus discursos, á la vez que grande elocuencia, el patriotismo mas acendrado.

Sabemos positivamente que al Sr. Quintana Roo se le debe la traducción de muchos salmos que él puso en sonoros versos castellanos, que publicó en diversos periódicos de México, que nosotros no hemos llegado á conseguir.

En el tomo primero del Registro yucateco, en la página 281, hay un interesante tratado sobre el artificio ó estructura del Sáffico-adónico español, debido á la pluma de nuestro eminente literato Quintana Roo, tratado que recomendamos muy especialmente á la juventud consagrada al cultivo de las bellas letras.

En cierta ocasión, el inmortal Alpuche le dedicó una producción suya; esto dió origen á que tan distinguido personaje manifestase su opinión sobre el mérito de las obras de nuestro poeta. Ya que por un olvido involuntario la suprimimos en la biografía de Alpuche, héla aquí:

«He recibido con sumo aprecio el bellissimo poemita que se ha servido vd. dedicarme: Heloisa hace á vd. el mismo honor que sus anteriores composiciones poéticas, que leí con admiración el año pasado, envaneciéndome como yucateco de ver que en nuestra patria, un joven sin mas auxilios que los del talento, se elevaba á la altura de los mas celebrados profesores de México. No desmaye vd. en la carrera, y reciba las gracias que le tributo por haber asociado mi oscuro nombre á su gloria poética.»

Mas considerémoslo como político, pues sus servicios en esta senda fueron grandiosos y no debemos olvidarlos.

Demasiado joven todavía, sus nobles sentimientos y el ejemplo de su digno padre, le hicieron abrazar con ardor la sagrada causa de la independencia, á la cual sirvió no solo con la espada del insurgente, sino lo que es mas todavía, exaltando los ánimos en favor de la causa porque peleaba, con brillantes escritos que hacia circular en «El Ilustrador Americano,» burlando la vigilancia estrecha de las autoridades españolas. Hé aquí algunas palabras del mismo Sr. Quintana Roo, con las que anotó una bella poesía suya titulada «el 16 de Setiembre:»

«El 16 de Setiembre de 1812, el autor extendió un manifiesto con el título de Aniversario, por encargo de la Junta nacional de Zitácuaro. La imprenta, objeto principal de la saña de los opresores, corría mayores riesgos que los patriotas bajo el cuidado y vigilancia de D. Ignacio Rayon, que hizo increíbles esfuerzos por salvarla, como lo consiguió en medio de la deshecha y horrorosa borrasca. Este gefe se dirigia entonces á los cantones de Huichapan y Zimapam, y se detuvo solo medio dia en reconocer el fuerte de Nadó, situado en las alturas del pueblo de Aculco. Aprovechóse de aquel corto tiempo para componer el Aniversario que debia publicarse tres dias después. Llegaba ya el autor al fin de su trabajo,

aunque no completa la descripción de los sucesos ocurridos en dos años de guerra, cuando la voz de *tenemos al enemigo encima*, le hizo abreviar la tarea, cerrando el discurso con este anuncio tan felizmente justificado por el suceso.

«Sin armas, repuestos, dinero, ni uno solo de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos, la nación, llena de magestad y grandeza, camina por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento.»

Palabras dictadas por la elocuencia que no abandonaba al Sr. Quintana Roó, ni aun en los peligros mas inminentes, sino que al contrario se robustecian mas y mas.

Aun nos faltan otras glorias que referir. Oigamós al ilustrado presbítero D. Crescencio Carrillo, que en un escrito suyo dice así: "En la guerra de Independencia iniciada en 1810, por el inmortal Hidalgo, representó por decirlo así los derechos de Yucatan, haciendo inscribir este nombre grato á su corazón, en la nomenclatura de los pueblos que aspiran á ser libres. Despues de tres años de haberse dado en Dolores el primer grito de revolución, aun el nombre del rey de España, estaba en los labios de los mismos insurgentes, porque no creían llegado el caso de pregonarse abiertamente, contra un gobierno cuyos cimientos se perdían en una serie de mas de trescientos años; pero aguardaban en la carrera de sus triunfos un momento favorable, para borrar el nombre de Fernando VII, y decir sin embozo: México es libre é independiente." Cupo la gloria de hacer esta solemne declaración al memorable congreso de Chilpancingo, convocado por Morelos en 1813. El Sr. Murguía que era el presidente de aquella asamblea, ausentose apenas habia sido verificada la instalación, quedando en la presidencia D. Andrés Quintana Roó, como vice-presidente nato de ella.

«Así, el primer cuerpo nacional é independiente que se erigió en México, desde que rodaron por el suelo las coronas de Moctezuma y Goatinmozin, era presidida por un yucateco, y la primera expresión terminante de nacionalidad é independencia que en México se daba desde que Hernán Cortés, tremolara en el suelo del nopal y del águila, el pabellón

triumfante del León de Castilla, es una acta en que apareció firmada en primer lugar por un yucateco.

¿Qué mayor título de gloria para Yucatan nuestra adorada patria, que la que acabamos de conquistar aquí? ¿Qué mayor título de gloria para D. Andrés Quintana Roo, que proporcionar á su país esta gloria?

Tantos afanes por la sagrada causa de la libertad, le proporcionaron terribles persecuciones; pero él sufrió como ha dicho un escritor, con valor magnánimo, todas las vicisitudes á que estuvo sujeta la causa de la independencia, hasta el grado de haber estado próximo á ser decapitado. Nada, empero, abatió su constancia, y cuando los insurgentes entraban en la capital, rodeados de la aureola de tantos triunfos, Quintana Roo aparecía allí también, como una de las figuras culminantes de la revolución.

Sus claros talentos, prosigue el mismo escritor, le granjearon la benevolencia del Emperador, que le colocó en brillantes destinos. Despues del horrible asesinato de Padilla, emprendió la publicación de "El Federalista Mexicano," con tal tino y mesura, que fué por algun tiempo el regulador de las opiniones. Respetado por todos los partidos, siempre se vió en las altas regiones del poder. Diputado unas veces, senador otras; ora colocado en los escaños del ministerio, ora en la presidencia del Supremo Tribunal de Justicia, ó en alguna comisión diplomática del gobierno, su vida estuvo consagrada al servicio de la patria.

Nuestro ilustre compatriota D. Lorenzo de Zavala, que comprendía hasta dónde llegaban los méritos del Sr. Quintana Roo, se ocupa de él en diversas ocasiones, en su importantísima obra "Ensayo Histórico," y cita hermosos rasgos de su valiente pluma, «rasgos dignos de Tácito que inspiran terror á los tiranos y despiertan al pueblo.»

Despues de tantas glorias mezcladas también con grandes persecuciones infortunios y prisiones, falleció el día 15 de Abril de 1851.

(Manual de Biografía Yucateca.)

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL C. ANDRES QUINTANA ROO, EN EL GLO-
RIOSO ANIVERSARIO DEL 16 DE SETIEMBRE DE 1845.

En medio de esta solemnidad augusta, consagrada al recuerdo del mas grandioso acontecimiento de nuestra historia, quisiera, Señores, hallarme revestido de aquella dignidad religiosa con que los pontífices de la antigüedad, al resplandor del fuego sagrado, excitaban el entusiasmo del pueblo, hablándole de las glorias de la Patria, á los piés de la estatua de sus dioses. Esta ceremonia santa, que forma parte de las instituciones políticas, no tenia solamente por objeto alimentar el orgullo de las naciones con la memoria, necesariamente grata y envanecedora, de los grandes hechos que las habian fundado ó esclarecido: su espíritu mas útil, mas elevado y mas patriótico, se dirigia á inspirar y mantener siempre encendido en los corazones de los ciudadanos el deseo de seguir los insignes ejemplos á que debian su engrandecimiento y prosperidad, porque el aplauso que no va acompañado de una decidida voluntad de imitacion, es por lo mismo estéril é infructuoso.

No lo ha sido, no lo será ciertamente el producido por la institucion de nuestra fiesta cívica, cuya influencia en los progresos de la opinion y en la mejora de nuestro estado social, es cada dia de una evidencia mas palpable. Una reunion de ciudadanos á que son indistintamente admitidos cuantos pueden presentar por título su amor á la independencia, es decir, la universalidad de los nacidos en nuestro suelo, acoge en su regazo los diversos partidos, los opuestos intereses, las diferentes creencias políticas en que necesariamente hemos debido dividirnos antes de consolidar la grande obra de nuestra emancipacion. Animados de un solo y unánime sentimiento, hombres que se creian colocados en posiciones incompatibles, absortos en la contemplacion del grande

objeto que los congrega, se admiran al verse juntos, de haber sido por algun tiempo enemigos; y ofreciendo ante el altar de la Patria la oblacion de sus resentimientos, juran no ser mas que mexicanos, regidos por unas mismas leyes que ellos han de dictar en sus asambleas. De aquí las reconciliaciones sinceras, las íntimas alianzas políticas y el olvido de las hostilidades pasadas.

Esta comunicacion cordial de todos los ciudadanos, purificando las costumbres de la aspereza intratable con que las degrada el rencoroso desvío inseparable del espíritu de partido, tan contrario en sus efectos al espíritu público, presta el mas firme apoyo á la obra de la legislacion, que como consecuencia de su empresa y para su entera consumacion y acabamiento, nos dejaron encargada los insignes varones que en 1810, desde el oscuro rincon de una humilde parroquia, intimaron á nuestra imperiosa metrópoli que habia cesado para siempre su antigua dominacion y señorío. Cesó en efecto á pocos años, sin esperanza en ella, ni temor el mas remoto en nosotros de verla algun dia restablecida. Tal es el irrevocable decreto de la Providencia.

Mas la ejecucion de este decreto, retardada por la obstinada lucha que en once años sostuvo el desvalido patriotismo contra el inmenso poder de los dominadores, se presenta á nuestra vista como el resultado inmediato de los primeros esfuerzos que se hicieron para obtenerla. Así es indispensable apreciar el mérito de estos esfuerzos, comparándolos á la magnitud de los obstáculos con que fueran combatidos.

Entre todas las revoluciones que han cambiado la faz de los Estados, ninguna como la nuestra apareció en su origen menos favorecida de las circunstancias para ser coronada de un éxito feliz. Verdad es que el nervio del poder residente en la metrópoli, quebrantado por la invasion simultánea de sus provincias europeas, por la ocupacion de su misma capital y el destronamiento de la dinastía reinante, brindaba con la mejor oportunidad de romper los lazos de la dependencia: pero los nudos que la formaban existian en los constitutivos mismos de nuestra sociedad, compuesta toda de elementos que parecia imposible tocar sin condenarse á

las convulsiones y estragos de una indefinida anarquía. Tres siglos de existencia colonial destituida de todos los medios de adquirir la aptitud necesaria para gobernarnos algún día, no eran la mejor preparación para proclamar de súbito una independencia, que trastornando las bases de la antigua constitución, no dejaba ver un solo punto de apoyo en que hacer descansar las que en su lugar debían sustituirse. No era nuestra situación la de nuestros vecinos del Norte, pobladores de un terreno virgen sin mezcla de razas heterogéneas, nacidas de una conquista exterminadora, que la espada había perdonado y que sólo la espada podía mantener en la sumisión y dependencia. Los colonos ingleses, desde su voluntario establecimiento en América, habían disfrutado los beneficios de una sabia constitución, que dejaba en sus manos el manejo de sus propios negocios, los cuales discutían en sus congresos, en sus tribunales populares y en los cuerpos administrativos donde se adquieren los hábitos y las prácticas de gobierno. Esta ciencia experimental, que nada tiene de infusa, no sólo era desconocida entre nosotros, sino que estaba anatematizada como instrumento de rebelión, pudiendo con verdad asegurarse que todo el secreto de la dominación española consistía en tenernos privados de toda intervención en los asuntos públicos, cubiertos siempre á nuestra vista de un velo impenetrable. Un procónsul con el nombre de Virey, revestido como un otro Yo del Monarca, de todo el aparato y la realidad de su poder: un Real Acuerdo, que á semejanza del Senado de Venecia, deliberaba en las tinieblas del secreto, y las autoridades inferiores dependientes de éstas y ejecutoras maquinales de sus oscuras resoluciones, sólo eran á propósito para perpetuar el reposo sepulcral de la servidumbre, indispensable para atestar los galeones y las flotas con los millones de nuestras minas. La masa de la población, inerte é inanimada, recibía pasivamente el impulso de la pequeña oligarquía peninsular donde se conservaba tradicionalmente el espíritu de los antiguos conquistadores, que habían dado á su organización política la dirección conveniente para hacerlo depender todo de sí, por manera que no pudiese faltar la acción de su poder sin la ruina

y total eversión del Estado. Los medios de subsistencia, las esperanzas de adquirirlos, el comercio, las posesiones territoriales, las minas, los empleos, las tropas ¿qué no estaba al arbitrio de los opresores? ¿Y cómo era posible arrancarlo de sus manos sin conmover los cimientos mismos del edificio social? Imperfectísimo como era, si no estaban creados los materiales de otro menos defectuoso, mas propio parecía de una prudencia calculadora esperar el tiempo de su nacimiento, que precipitar la disolución de la sociedad con una revolución intempestiva.

Los más sinceros y desinteresados amigos de nuestro bien nos aconsejaban constantemente esta conducta, sin desconocer no obstante la justicia de los motivos que podíamos alegar para sacudir el yugo de la dependencia. El ilustre Barón de Humboldt, cuyo nombre oírán siempre la América con benevolencia y respeto, decía pocos años antes del sacudimiento de Dolores, que al establecerse los europeos en medio de pueblos agrícolas, se aprovecharon de la superioridad que les daba la preponderancia de sus armas, su astucia y la autoridad de conquistadores. Esta particular situación (continúa) y la mezcla de razas con intereses diametralmente opuestos, llegaron á ser un manantial inagotable de odios y desunión. A proporción que los descendientes de los europeos fueron más numerosos que los que la metrópoli enviaba directamente, la raza blanca se dividió en dos partidos, entre los cuales ni aun los vínculos de la sangre pueden calmar los resentimientos. El Gobierno colonial creyó, por una falsa política, poder sacar partido de estas disensiones. Cuanto más grandes son las colonias, tanto más desconfiado carácter toma el Gobierno. Según las ideas que por desgracia se han adoptado siglos hace, estas regiones lejanas son consideradas como tributarias de la Europa: se reparte en ellas la autoridad no de la manera que lo exige el interés público, sino como lo dicta el temor de ver crecer la prosperidad de los habitantes con demasiada rapidez. Buscando la metrópoli su seguridad en las disensiones civiles y en una complicación de todos los resortes de la máquina política, procura continuamente alimentar el espíritu de partido y aumentar el odio

que mutuamente se tienen las castas y las autoridades constituidas. Y en otra parte, añade el mismo autor: el mas miserable europeo, sin educacion y sin cultivo de su entendimiento, se cree superior á los blancos nacidos en el nuevo continente, y sabe que con la proteccion de sus compatriotas y en una de tantas casualidades como ocurren en parajes donde se adquieren las fortunas tan rápidamente como se destruyen, puede algun dia llegar á puestos, cuyo acceso está cerrado á los nacidos en el país, por mas que éstos se distinguan en saber y en calidades morales. Los criollos prefieren que se les llame americanos, y desde la paz de Versalles, y especialmente desde 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: *Yo no soy español, soy americano*: palabras que descubren los síntomas de un antiguo resentimiento. Una sábia administracion (concluye) podria restablecer la armonía, calmar las pasiones y resentimientos, y conservar, acaso por mucho tiempo, la union entre los miembros de una familia tan grande y esparcida en Europa y América desde la costa de los Patagones hasta el Norte de la California.

Es, Señores, muy digno de observacion, que para remedio de los males que con tanta exactitud y filosofía enumera el inclito viajero, crea posible la adopcion de un sábio gobierno colonial, sin proponer ni indicar siquiera el recurso de una independencia absoluta, que seguramente se presentaba á su vista rodeado de peligros y dificultades sin cuento. No se ocultaron tampoco á la penetracion de los heróicos caudillos suscitados por la Providencia para desmentir las mas fundadas conjeturas de la política: ellos conocieron la inmensa gravedad de la empresa á que se lanzaban, y se resignaron á los costosos sacrificios que les imponía el sagrado deber de salvar á la patria. Sintiendo llamados por una vocacion especial, á tan sublime ministerio, y como predestinados á la gloria de llenarlo dignamente, no fueron parte para hacerlos retroceder, ni el aparato aterrador de la fuerza armada, ni el clamor de las preocupaciones alarmadas, ni los anatemas de la religion, sacrílegamente prodigados.

Los grandes recursos militares que una dominacion de tres siglos, tranquila pero desconfiada siempre, habia acumulado

bajo el poder de los opresores, se desplegaron con increíble rapidez para sófocar los primeros esfuerzos de la generosa insurreccion, triunfante al fin en tan desigual y tremenda lucha. Al principio se creyó bastante el amago, como en la sublevacion de los esclavos de los escítas que, superiores en número á sus desapiadados señores, huyeron despavoridos á la vista sola del látigo con que acostumbraban castigarlos (1); pero el campo de las Cruces, el inesperado encuentro de Aculco, la heróica defensa del Puente de Calderon, estos primeros ensayos de un valor inexperto, pero indomable, hicieron conocer á los españoles que habian pasado los tiempos en que la ilusion y el prestigio de su nombre bastaban para mantenernos en la eterna inmovilidad á que nos tenían condenados. El impulso estaba ya dado; nada era capaz de contenerlo: los mismos hombres que en la inspiracion de un ardiente é irresistible patriotismo, habian puesto en agitacion los gérmenes de vida que se desarrollaban, no habrian podido amortiguarlos, aun cuando por un retroceso inconcebible en su situacion se hubiesen empeñado en la ruina de su propia obra. La Nacion entera la habia tomado á su cargo, y sus destinos no dependian de la suerte de sus gefes ni de los incidentes fortuitos de un combate. Así el desastre de Calderon, la retirada que fué su consecuencia, la sorpresa de Acatita de Bajan, y la ejecucion sangrienta con que, saciando su venganza, se jactaba el sañoso ibero de haber puesto un término á la revolucion, avivaron mas y mas las centellas de este fuego inextinguible, que ya se habia diseminado por todos los puntos de nuestro vasto territorio. Apenas ejecutados los primeros generales, Rayon humilla en los Piñones el insolente orgullo de los enemigos: un puñado de indios, indisciplinados y casi inermes, destrozan en Zitácuaro las brillantes divisiones de Torre y Emparan, y levantan en aquella villa el trofeo inmortal que hizo mas glorioso la impotente rabia con que algun tiempo despues quiso el despechado Calleja hacerlo desaparecer, empleando casi todas las fuerzas reunidas del gobierno. Al mismo tiempo el inmortal Morelos, encerrado en el Veladero, empieza la admirable carrera de sus triunfos, apoderándose del campamento inexpugnable de París, por uno de aquellos

felices ardidés que solo pueden ocurrir á los génius nacidos con el instinto del arte de la guerra. La nacion toda, reanimada con la nueva de tan señalada victoria, saluda agradecida á su nuevo campeón que, vengador invicto de los mas sagrados derechos, hace expiar á los enemigos los crímenes con que los hollaban, sin dejarles gozar en paz el espectáculo tan grato á sus ojos, del cadalso en que habian derramado, cobardes y amedrentados, la ilustre sangre de nuestros primeros héroes.

Por todas partes se levantaban partidas, que aunque incapaces de sostener acciones en regla, mantenian en una saludable fermentacion el espíritu del pueblo, multiplicando los embrazos del gobierno, cortaban sus comunicaciones, interceptaban sus correos, tenian en continua alarma sus pequeñas guarniciones, y le obligaban á emplear grandes fuerzas para los mas pequeños servicios. En tan apurada situacion, las ventajas parciales que obtenian, lejos de producir resultados decisivos, daban nuevo aliento á los patriotas que adquirian en sus mismas derrotas la experiencia necesaria para evitarlas en adelante, pudiendo con verdad decir, que siendo muchas veces vencidos aprendian á ser vencedores; y así se vió en multiplicados encuentros, despues de las primeras dispersiones, desplegarse todos los recursos de la táctica, por hombres que, sin antecedente instruccion, aprendian el ejercicio en el campo de batalla. Digalo, entre innumerables casos que pudieran recordarse, las llanuras de Otumba, en que el bizarro Montañó por término de un combate obstinado y tenaz, hizo morder el polvo á la florida division que lo habia provocado, dejando solo con vida al capellan que vino á dar el parte de tan completo desastre. Las reñiones armadas, divididas y subdivididas en pequeños cuerpos cuya continua movilidad los ponía fuera del alcance de los enemigos, llegaron á reducir la capital á un estado de sitio que dificultaba extremadamente la entrada de las provisiones necesarias á su numerosa poblacion. Entre tanto, el terror inspirado por las medidas sanguinarias con que las desatentadas autoridades imaginaban suplir ó fortificar la debilidad de sus fuerzas, aumentaba los estragos de la guerra;

dando al mismo tiempo un grado indecible de exaltacion á la indignacion pública, que privaba de toda autoridad moral á los rigores ejercidos contra los patriotas. Las cárceles gemian henchidas de presos los mas ilustres y distinguidos, y los patíbulos levantados con inaudita crueldad en todas las poblaciones, fueron mas de una vez manchados con la sangre de víctimas inocentes, como para advertirnos que no eran vanas amenazas las que salian de las bocas de los opresores (2). Morelos entre tanto batía ó se burlaba del grande ejército de Calleja en el asedio memorable de las Amilpas; la Junta de Sultepec organizaba sus pequeñas fuerzas, y se disponía á la resistencia de Tenango, vencida, es verdad, por la superioridad del número, y la mas grande de la disciplina; pero tan honorífica para los vencidos, como ignominioso el triunfo para sus contrarios, los que se entregaron á excesos de crueldad que renovaron las escenas espantosas de la conquista. Mas allá, el intrépido Villagran ponía en agitacion un inmenso territorio que sostuvo por tanto tiempo con increíbles prodigios de valor, hasta que conducido por la traicion al glorioso altar del martirio, unió su sangre á la de su propio hijo, que rehusó redimir al vil precio de un vergonzoso rendimiento, dejando eclipsada con tan generoso sacrificio la hazaña justamente celebrada del defensor de Tarifa, que en el héroe mexicano, doblemente meritoria, se vituperó como acto de barbarie por una de aquellas inconsecuencias que no puede disculpar ni el desconcertado aturdimiento del espíritu de partido (3).

Otros muchos nombres que ya la historia ha grabado en sus fastos, reclaman en este día, consagrado á su culto, el homenaje de nuestro reconocimiento, débilmente expresado en la renovacion anual de su memoria. Matamoros, Galeana, Guerrero, Bravo, Victoria, Muzquiz, Terán y tú, Mina generoso, que con tan escasos medios y superior á las serviles preocupaciones que al parecer debian contenerte, no escuchaste mas voz que de la justicia que te llamaba á la defensa de la mas gloriosa de las causas; vosotros todos en quienes se continuó la sucesion de héroes nacidos en Dolores, y que justificásteis las esperanzas que los animaron al intentar la